

ACCA. 25 años de Premios

Daniel Giralt-Miracle

Presidente ACCA, 1980-1991

La llegada de la democracia al Estado español supuso un proceso de transición no sólo en el terreno político sino también en el resto de instituciones y asociaciones del Estado. Los críticos de arte vivimos asimismo un proceso de reorientación de nuestras actividades al independizarnos unilateralmente de la AECA. Jurídicamente, la ACCA nació en julio de 1978, con unos estatutos y unos objetivos netamente democráticos, escritos y registrados en el Gobierno Civil en lengua castellana, eso sí, con el beneplácito total del Ministerio del Interior. Quienes impulsamos el nacimiento de esta entidad lo hicimos con dos objetivos prioritarios: por un lado, crear una asociación netamente catalana vinculada a la Asociación Internacional de Críticos de Arte pese a que, por imperativo legal, primero hubiéramos tenido que integrarnos en la Asociación Española de Críticos de Arte, con sede en Madrid; por otro lado, poner al día los valores y criterios artísticos, sin renunciar a la herencia histórica, con la voluntad de alentar un pensamiento nuevo en sintonía con los cambios profundos que estaban teniendo lugar en la escena artística, especialmente después de la aparición del arte conceptual, las instalaciones y los nuevos *media*.

Así pues, la ACCA fue la primera asociación del Estado español que se declaraba independiente, empezaba una vida propia e inauguraba una vía que después siguieron las asociaciones valenciana, gallega, vasca, andaluza, aragonesa... e incluso la madrileña. Poco a poco, la AECA dejó de tener sentido y sus actividades acabaron reduciéndose a un encuentro de asociaciones autonómicas, que coincide con los certámenes de ARCO en Madrid. En este marco se nos facilitan las instalaciones y los medios para celebrar las reuniones, en las que se organizan algunos congresos, y que concluyen con la entrega de los Premios AECA-ARCO, celebrados desde 1994. Así pues, nuestra asociación propició indirectamente la práctica del federalismo *de facto* que impera en la actualidad.

No obstante y antes de todo esto, el mismo equipo que desde la Sección Barcelonesa de la Asociación Española de Críticos de Arte promovió la creación de la nueva asociación, redactó sus estatutos, inició actividades asociativas y participó de forma activa en los acontecimientos artísticos del país, en 1982 también puso en marcha los Premios ACCA de la Crítica de Arte. Hay que admitir que conceder unos premios no era nada nuevo, ya que en esa época muchas asociaciones de críticos (literarios, musicales, cinematográficos, etc.) concedían galardones en reconocimiento a la labor realizada en cada uno de sus respectivos gremios. Para nosotros, la novedad era la

nueva dirección que queríamos darle a unos premios, que hasta entonces había concedido la Sección Barcelonesa de la AECA, que consistían en unas magníficas medallas diseñadas por un buen amigo de Alberto del Castillo –el entonces presidente de la sección barcelonesa–, el prestigioso orfebre Manuel Capdevila quien, además, las realizaba con generosidad. Dichas medallas se entregaban a la galería o museo organizador de la actividad premiada durante el transcurso de un modesto acto público que se celebraba gracias al apoyo de la Associació de la Premsa, actualmente Col·legi de Periodistes, que presidía el propio Alberto del Castillo y que nos ofrecía el local para la conferencia de prensa y los medios para divulgar la noticia. En las décadas de los sesenta y principios de los setenta, se otorgaron medallas a Picasso, por una gran antológica, a Miró, por su septuagésimo quinto aniversario, a Chillida, a Ortega Muñoz y a Subirachs, entre otros.

Sin embargo, una vez constituida la ACCA, creímos que era necesario impulsar una renovación. Nos parecía que las medallas habían quedado obsoletas y que la creación de un nuevo premio no sólo era la solución más oportuna, sino la más estratégica, ya que nos permitía crear un estado de opinión en todos los ámbitos de las artes, como las exposiciones, los museos, las galerías o los espacios alternativos que comenzaban a aparecer, los catálogos, la edición de libros y revistas, las nuevas iniciativas, etc.

La junta que yo presidía pensó que el mejor crédito sería contar con el apoyo de algunos de los grandes y, con la mediación de Francesc Vicens, Maria Lluïsa Borràs y Paco Farreras de la Galeria Maeght, pedimos a Miró que nos diseñara un logo, a partir del que Ricard Giralt Miracle diseñó un diploma que se imprimió en su taller Filograf. Ambas colaboraciones fueron desinteresadas y permitieron poder enmarcar los diplomas de los galardonados para que pudieran colgarlos. El resultado más inmediato de la iniciativa fue el buen reconocimiento que obtuvieron los premios pero, con el tiempo, nos percatamos de las otras consecuencias que habían tenido. La primera fue que, quizás sin ser conscientes de ello, estábamos impulsando la aparición de nuevas galerías de arte con propuestas más transgresoras, la apuesta de las editoriales por trabajos de investigación y que las instituciones aceptaran organizar exposiciones menos históricas y más de vanguardia. Además, al cabo de ocho o diez años empezamos a encontrar los diplomas de los premiados colgados en lugares de honor de galerías, museos, editoriales, etc., porque éstos los utilizaban como indicador de crédito y aceptación colectiva de sus iniciativas.

Probablemente el primer éxito de los premios –la actividad colegiada más visible y con mayor proyección pública de nuestra asociación– debamos atribuirlo al dibujo contundente que Miró regaló generosamente a la ACCA, actualmente bajo custodia del MACBA, que es nuestro mayor patrimonio. Éste dio la imagen a un proyecto que

ya tienen veinticinco años de historia, avalada por la larga lista de personas e instituciones premiadas. Si bien es cierto que no hemos premiado todo lo premiable, también lo es que todo lo que ha sido premiado constituye una pequeña historia del arte catalán de los últimos veinticinco años. La concesión de los premios no ha sido fruto de una política institucional dirigista, sino el resultado de la voluntad asamblearia de unos profesionales que siguen de cerca las actividades artísticas durante doce meses, al final de los cuales hacen balance y escogen lo que cualitativamente merece la distinción.